

Calcanemus

326

El Mundo de las Aventuras

→ Año I. • Núm. 15 ←



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ESPAÑA
 Un año (con la novela).. 12'50 ptas.
 Un semestre " " " " 6'50 " "
 Número suelto " " " " 0'25 " "

PORTUGAL
 Suscripción pagadera semanalmente.
 Cada número (con la novela).. 50 reis.

Barcelona, enero de 1893

Con el presente número se entregará el cuaderno 15 de «¡Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA

CUBA Y PUERTO RICO
 Un año (con la novela). . 5 pesos oro.
 En el resto de América
 fijan el precio los Sres. Corresponsales
EXTRANJERO
 Un año (con la novela). 18 ptas.



EL REY DE LOS GITANOS.—Esperó un momento á que el caballo se hundiera bajo él

Después de una breve despedida, los insurrectos, seguidos por el *Sandio* y Tito, se retiraron, mientras que los Maugrin, Roquerón, Inés y los tres peones se fueron en dirección á Puerto Cabello. El convencional tranquilizó á D.^a Joaquina y le anunció la liberación de su hijo.

En cuanto á Fernández Miramar, grande fué su estupefacción al ver que las correas que sujetaban al *Sandio* yacían por el suelo cortadas. Buscó algún vestigio que le revelara su paradero, pero nada encontró. Sin embargo, como era tan marrullero como elocuente, hizo voto de no decir palabra de la desaparición. Así es que al preguntarle Sánchez qué había sido del *Sandio*, respondióle con impertérrita seguridad:

—Tranquilícese Su Señoría sobre la suerte del interesante cantarín. En este momento lo están digiriendo los jaguares.

Como una respuesta tan chistosa merecía recompensa, D. Ignacio Valdés gratificó al cabo con una buena propina.

(Se continuará)

LOS DUENDES, LAS RUSALKAS Y LAS WILLIS

En la Rusia Blanca hay la tradición de que el duende va á buscar los víveres que se dejan para él en la era de las casas de campo en pago de los trabajos que hace en obsequio á la familia. Si alguna vez se olvida ésta de hacerlo, su irritación es tan grande que no hay medio de aplacarla y casi siempre se venga incendiando la casa.

Una antigua leyenda eslava dice que la sirvienta de una casa de campo, al levantarse una mañana, encendió el fuego á toda prisa y salió en busca de los cubos para sacar agua. No pudiendo dar con ellos en mucho rato, imaginó que algún vecino los habría robado. Fué corriendo hacia el río, y al llegar cerca de él vió al duende, que allí llaman *Domovoy*, y es un vejete que lleva la camisa roja, el cual estaba sacando agua con sus cubos para abreviar una jaca baya. Cuando vió que la sirvienta iba á tomárselos, asestóle una mirada tan terrible, que, despavorida la pobre muchacha, huyó á todo correr. Al llegar á la casa vió que estaba ardiendo por los cuatro costados.

Una de las cosas más características del duende es la profunda aversión que tiene á las tinieblas, y que le hace ir siempre provisto del pedernal y de un cabo de vela, que enciende cuando se introduce en los establos mientras duermen los mozos, si éstos dejaron la cuadra á oscuras.

Su decidida afición á ejercer este género de vigilancia le ha hecho mirar como un protector muy especial de las caballerías y ha sido causa de que se le pintase como un hombrecillo con orejas y patas de caballo, lo cual le asemeja algún tanto á los monstruos de la mitología griega.

Por una lógica asociación de ideas, hase dicho que es muy aficionado á montar á caballo, y como de un ser extraordinario no pueden esperarse sino cosas ex-

traordinarias también, la cabalgadura por él escogida vuelve al establo rendida de cansancio y cubierta de sudor.

Tan convencidos están allí los aldeanos de todo esto, que cuando introducen por primera vez una caballería en la cuadra la ofrecen al duende, diciéndole con mucha formalidad:

—Ahí tienes un animal, que hemos traído para ti. Quiérele mucho y dale de comer y de beber.

Desde el momento que se tiene la creencia de que



GUERRA Á MUERTE.—Tito descubrió prontamente el árbol á que estaba atado su joven amo

el espíritu familiar de cada casa es el alma de aquel que la edificó, se explica perfectamente aquella superstición tan extendida en todos los pueblos de que no es bueno construirse una nueva morada, porque el que tal hace no tarda en ver llegada su última hora. Esta idea se ha modificado algún tanto, pues á veces se dice que el condenado á una próxima muerte es el que primero pone los pies en la casa recién construída cuando va la familia á fijar en ella su domicilio.

Ralston dice que también existe, y muy arraigada, esta superstición entre los campesinos rusos y que, á consecuencia de ella, existe allí una antiquísima y curiosa costumbre. Cuando una familia entra en su nueva morada, el primero que pisa los umbrales de ésta es el más anciano, como si considerasen muy natural que corriese este peligro el que está expuesto á perder menos años de vida.

En algunas comarcas, al descargar los carpinteros el hacha por primera vez para construir una cabaña, suelen pronunciar en alta voz el nombre de un pájaro

ó de otro animal, firmemente convencidos de que basta nombrarle de este modo para que al punto perezca. Los campesinos, que abundan en la misma opinión, se desviven por mostrarse amables y obsequiosos con los carpinteros, cuyo terrible poder les amedrenta mucho.

En la Bulgaria hay una costumbre más singular todavía, y es que, al empezarse la construcción de un edificio, los obreros se apresuran á medir con un hilo la sombra del primero que acierta á pasar por delante de ellos.

Este hilo se entierra bajo los cimientos de la casa, y no hay quien les quite de la cabeza que al tal transeunte le queda poco tiempo de vida. Si los obreros tienen humanitarios sentimientos, miden la sombra de un perro ó de otro animal callejero. A veces llevan ya consigo un cordero ó un ave para inmolarlo, salpicando con su sangre los cimientos del nuevo edificio.

Tratándose de los seres sobrenaturales que parecen poner en comunicación el cielo con la tierra como potestades intermedias entre los mortales y los espíritus de la bienaventuranza, debe mencionarse en primer lugar á las *rusalkas*, que son unas ondinas á las cuales han atribuido los rusos las mismas cualidades y excelencias que se han atribuído á los elfos y á las hadas en el Occidente de Europa.

Ralston dice que el origen de esta palabra es bastante dudoso, pero que se le considera relacionado con la antigua voz eslava *rus*, que significa corriente de agua, ó con la palabra *ruslo*, que quiere decir el lecho de un río, ó quizá el vocablo *rosa*, el *rocío*, esto es, una dicción siempre referente al agua. Se las representa generalmente en la forma de hermosísimas mujeres, pero de una hermosura melancólica, dotadas de un cutis blanco como la nieve, de una figura esbelta y agraciada, de unos pies muy diminutos, de una cabellera abundante y ondulada. Pero su blancura tiene la siniestra palidez de la muerte. Y su cabellera es verde como la yerba de los prados. Consiste su vestido en un manto de verdes hojas que holgadamente las envuelve ó en una larga túnica blanca sin ceñidor, flotando á merced del viento.

Á veces salen del fondo del lago ó del río donde moran y, sentándose en sus orillas, se entretienen en peinar y trenzar sus flotantes cabellos, ó bien se divierten formando corros en los estanques, y muy especialmente cerca del paraje donde funcionan las ruedas de los molinos, complaciéndose en los espumosos remolinos del agua que por todos lados las rodean, salpicándolas con una lluvia de nevados copos. Si algún imprudente, atraído por este bullicio, forma el designio de verlas, desaparecen inmediatamente en el fondo del agua, procurando atraerle á una muerte segura en castigo de su audacia.

En los distritos marítimos, el vulgo cree que las *rusalkas* suscitan las tempestades, teniendo la especial complacencia de atormentar á los marinos y dispersar las flotas.

Sin embargo, por regla general, las *rusalkas* no son como las oceánidas y las nereidas, sino como las ondinas, es decir, que no son ninfas del mar, sino de los ríos, en el fondo de los cuales habitan suntuosos palacios de cristal, en los cuales resplandecen con maravi-

llosa esplendidez el oro, la plata y las piedras preciosas.

La ondina rusa siente mucha repugnancia por las largas correrías: no le conviene alejarse del lago ó de la corriente que habita, porque sabe que si llega á secarse su cabellera ha de morir sin remedio. Por esto dice la tradición que las *rusalkas* llevan siempre consigo un peine maravilloso que no puede tocar sus cabellos sin producir en el acto un cristalino chorro de agua.

En algunas comarcas las creen muy aficionadas á hilar ó á lavar el lino. La semana antes de la Pascua de Pentecostés acostumbran (y esto se dice que lo han contado testigos presenciales) sentarse en los bosques, pidiendo á todos vestidos de lino. En la Pequeña Rusia aun se estila colgar de las encinas y de otros árboles camisas de mujer y otras telas destinadas á las *rusalkas*, y, por cierto, que no deja de ser curiosa esta manía de pedir vestidos y ropa por parte de unos seres que pasan toda la vida en el agua.

En la Blanca Rusia los aldeanos creen á pie juntillas que durante dicha semana cruzan los bosques en todas direcciones una multitud de mujeres y niños enteramente desnudos, añadiendo que aquel que los encuentra, si quiere escapar á una muerte prematura, no tiene más remedio que arrojarles inmediatamente un pañuelo ó un pedazo cualquiera del vestido. Sin este acto de abnegación, la sola vista de esos seres misteriosos podría costarle la vida.

Cuando se acorta el día y se prolonga la noche, empezándose á sentir los primeros fríos del invierno, las *rusalkas* desaparecen, no volviendo á mostrarse sobre la tierra hasta que empieza la primavera. Sin embargo, en la Pequeña Rusia aseguran haberlas visto muchos años el Jueves Santo, que parece ser un día al cual muestran especial afición todos los seres espirituales.

En la Ucrania hay la costumbre de adornar en la Pascua de Pentecostés todas las casas con ramaje y guirnaldas de verdes hojas. En semejantes días nadie se atrevería allí á trabajar, por temor de ofender á las *rusalkas*. Las mujeres, sobre todo, se abstienen de coser y lavar la ropa, y los hombres de tejer y de otra cualquiera tarea semejante á las de estas sobrenaturales tejedoras y lavanderas.

Dícese allí que en esta semana es cuando más les gusta á estos espíritus salir de sus acuáticas moradas para corretear por los campos y los bosques hasta el último día de junio. Entonces óyense sus voces en medio del murmullo de la brisa y de los arroyos, así como el rumor leve y casi imperceptible de sus diminutos pies cuando bailan en el prado á la luz de la luna. En esta temporada las muchachas del campo van á los bosques, regalando guirnaldas de flores á las *rusalkas*, á fin de hacérselas propicias, partiendo del principio de que está en su mano proporcionarles un rico partido. Á veces también echan guirnaldas al río, deduciendo de los movimientos y dibujos del agua un favorable ó un funesto presagio.

Estas tradiciones populares nos traen á la memoria una hermosa balada de Alemania que parece deber su origen al mismo manantial.

Cuéntase allí que en un humilde villorrio de la montaña, en la cual había la costumbre de celebrar con grande animación la Pascua de Resurrección, vivía con sus dos hijas un pobre anciano, tan estrecha y mezquinamente que cada año veía acercarse con profundo pesar este día. Sucedió una vez que, siendo ya crecidas sus hijas y no pudiendo conformarse con la idea de que fuese su casa la única del pueblo que amaneciese sin adorno de ninguna clase, resolvieron levantarse la noche víspera de la fiesta en cuanto estuviese dormido su padre, para lavar una sábana del lecho en que juntas dormían, á fin de ponerla como colgadura, y adornada con guirnaldas de hojas y flores silvestres, en la única ventana de su casita.

Llegó la noche, durmióse profundamente el anciano, y en cuanto estuvieron seguras de que no podía oirlas, salieron de puntillas, llevando consigo la sábana destinada á hacer tan buen papel en la próxima fiesta. La noche era lóbrega. El viento silbaba entre los árboles, y las dos muchachas cruzaban el bosque con paso inseguro, muy pegadas la una á la otra y volviendo á cada instante la cabeza con ánimo amedrentado al oír como crujían las ramas y como caían las hojas de los árboles al impulso del viento.

Así fueron acercándose al río, que murmuraba en el fondo del valle. Cuando entrambas estuvieron arrodilladas en la arena y en disposición de empezar su tarea, dijo la menor de ellas á su hermana:

—No sabemos qué hora es: la fiesta empieza tocadas las doce, y trabajar de entonces para adelante es pecado.

—No te dé cuidado,—respondió la otra,—que tiempo queda. Lo que hemos de hacer es aprovecharlo para volvernos cuanto antes, no sea que despierte padre y nos eche de menos.

En efecto: desde aquel momento pusiéronse entrambas á lavar su miserable sábana con febril ardor. Tan preocupadas estaban por su afán, que no oyeron como el lejano reloj de la aldea daba lentamente las doce. Continuaron entregadas á su trabajo, cuando de pronto empezaron á caer gruesas gotas de los negros nubarrones que cubrían el cielo.

Las muchachas no sintieron la lluvia.

Momentos después oyóse un sordo rumor que iba por grados aproximándose.

Las muchachas no oyeron el rugido del río.

De pronto éste llegó hasta ellas desbordado, bramando y espumeando con terrible furia, y antes que ellas tuviesen tiempo para ponerse en salvo, ni siquiera para hacerse cargo del espantoso peligro que les amenazaba, las derribó, envolviéndolas en la sábana como en un sudario y arrastrándolas en su impetuosa corriente.

Al amanecer, el cielo estaba despejado, el sol brillaba en las alturas, los pájaros cantaban en la enramada y las calles de la aldea estaban llenas de una alegre y bulliciosa multitud que iba pasando revista á las fachadas de todos los edificios, más ó menos rústicamente adornados.

Esta algazara y los gozosos ecos de las canciones populares y las músicas callejeras despertaron al pobre anciano, bien ajeno, por cierto, de presentir su des-

dicha. Admirado de no ver á sus hijas, salió á la calle, preguntando por ellas, y como nadie supiese darle razón de su paradero, imaginóse que habrían salido al campo en busca de yerbas aromáticas y flores silvestres con que adornar la fachada de su pobre vivienda. Encaminóse, pues, á buen paso hacia el bosque, y encontrando en su camino á un arriero que iba á la próxima ciudad con su recua, le preguntó:

—Decid, buen hombre: ¿no habríais visto pasar á dos muchachas muy pobres, muy rubias y muy lindas?

—No, en verdad,—respondió el arriero.

El anciano le dió los buenos días y apretó el paso.

Más adelante encontró á unos aldeanos que se dirigían hacia la aldea, muy contentos y emperifollados, y deteniéndoles les preguntó:

—Decid, buena gente: ¿no habríais visto pasar á dos muchachas muy pobres, muy rubias y muy lindas?

—No, abuelo, no las hemos visto,—respondieron los aldeanos.

Y continuaron ellos su camino y el pobre viejo apresuró el paso. Su corazón empezaba á presagiar una gran desgracia.

Al cabo de algunos momentos encontró á un conocido, que le dijo haberlas visto la noche anterior bajando hacia el río y con un lío de ropa en la mano.

Esta noticia alarmó al anciano, el cual, encontrando al cabo de algunos pasos á un pastor que subía del valle con su rebaño, le preguntó con indecible ansiedad por sus hijas. El pastor le respondió:

—Cuando más furioso y desbordado bajaba el río, se le veía arrastrar á dos muchachas como estas que decís, amortajadas en una sábana.

El anciano profirió un grito de horror, lanzóse al fondo del valle y echó á correr como un loco por la orilla del río, preguntando á todos por sus hijas. Y todos le decían:

—¡Más abajo!

Y el pobre anciano continuaba corriendo y corre todavía, y correrá hasta que logre dar con ellas.

Dice la tradición que todos los años, en la noche aniversario de este trágico acontecimiento, los que se acercan al puente que cerca de la aldea pone en comunicación las dos márgenes del río, escuchan con terror el ruido que hacen unas lavanderas invisibles golpeando la ropa en el río.

Muchos han probado de descubrirlas; pero es el caso que cuando se encuentran en un extremo del puente suena el ruido en el otro extremo.

Esta tradición de un castigo celeste por haber trabajado en día festivo es común á todos los pueblos cristianos y ha dado origen á muchísimas leyendas.

En Cataluña por nada de este mundo querría una mujer hacer uso de la escoba durante las veinticuatro horas que está expuesto el Señor en el Sagrario del jueves al viernes de la Semana Santa, porque, según una antiquísima tradición, la casa que en tal ocasión se barre está llena de hormigas todo el año, sin que haya poder humano capaz de expulsar á tan incómodos huéspedes.

Cuéntase que la víspera de San Pedro, festividad

que se celebra el 29 de junio, las rusalkas bailan toda la noche á la luz de la luna. En la Pequeña Rusia y en la Galitzia los campesinos acuden aquel día á los prados y señalan los lugares en donde se ha efectuado esta danza fantástica, los cuales se conocen por unos círculos en los cuales la yerba está extraordinariamen-

que, estando prometidas en matrimonio, murieron antes de que éste pudiese realizarse. Como si el baile de bodas que tenían en perspectiva durante los postreros días de su existencia fuese lo que más echan de menos en el otro mundo, quédales una furiosa afición al baile, al cual se entregan con frenético delirio en los prados



EN ABISINIA.—Caza del rinoceronte

te crecida y ufana. Dícese que á veces obligan á un pastor á acompañarlas tañendo un rústico instrumento y que esto se conoce por un agujero que se encuentra en el paraje en donde el músico golpeaba el suelo con el pie para marcar el compás de la danza.

Esta poética tradición es muy semejante á la de otra clase de hadas, muy populares y temidas en Alemania, en donde las llaman *Wilis*. Son las doncellas

y en los claros de los bosques todas las noches de luna. El hombre que en tales ocasiones pasa por las cercanías del lugar donde ellas se entregan á su diversión favorita, se siente invenciblemente atraído por su gozosa algazara, aproximase al grupo misterioso y se tiene por muy afortunado cuando aquel enjambre de encantadoras muchachas le rodea, embriagándole con sus sonrisas, con sus amables palabras y con los gra-

ciosos trasportes de su alegría. De pronto suena en la espesura una música admirable, agitanse las hadas con cadencioso movimiento, la danza va gradualmente animándose, el compás se acelera, los pies de las gentiles doncellas no tocan al suelo, sus vestiduras vue-

hadas desaparecen como por ensalmo, la misteriosa música enmudece y el pobre mortal á quien sucedió tan terrible aventura queda tendido al pie de un árbol, jadeante, extenuado y sin acertar á explicarse lo que le pasa.



Brunequilla y Sigfredo

lan, descubriendo formas divinas, sus cabelleras se sueltan, sus ojos chispean de entusiasmo... Entonces, cuando él más absorto las contempla, le cogen las manos con una fuerza sobrehumana y obliganle á formar parte de aquel torbellino que con vertiginosa rapidez gira, bulle y canta sin parar hasta que canta el gallo en las alquerías y aparece la blanca luz del alba en Oriente. Esta es la señal de la dispersión. Las

Por milagro se salva uno de estos cuitados, pues las más de las veces pagan con la vida el terrible honor de haber bailado con las hadas.

Los rusos creen que las rusalkas se aparecen también á los viandantes en medio de los bosques, haciendo extraños gestos y ridículas contorsiones. El viandante empieza por reirse de ellas y acaba por imitarlas, mal de su grado. No es éste un fenómeno pasaje-

ro, sino que se convierte en un achaque crónico y aun á veces en la terrible danza de San Vito.

Los que tienen la desgracia de pisar la ropa blanca que ellas han puesto á secar sobre la yerba quedan cojos toda su vida; los que profanan la semana de las hadas trabajando, pierden sus rebaños y sus cabañerías.

Estas hadas tienen mucho que ver con la cosecha por la grande influencia que ejercen en los fenómenos atmosféricos, y principalmente en la producción de la lluvia y del viento. En la Rusia Blanca dicen los campesinos que habitan entre las espigas.

En la numerosa tribu de las rusalkas hay algunas que parecen muy niñas, no pasando ninguna de ellas de la edad de siete años. Las aldeanas dicen que son las almas de los niños que murieron antes de ser bautizados, y que fueron arrastrados por aquéllas al mundo subterráneo. Cada año, al llegar la Pascua de Pentecostés, suben á la tierra, pidiendo que se les administre el sacramento que ha de abrirles las puertas del cielo. Si alguno oye sus lamentos debe exclamar al punto: *Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Estas palabras tienen tal eficacia, que no bien acaban de pronunciarse, cuando el alma del infante vuela á la celeste bienaventuranza.

En cambio, si este espíritu errante no tiene la suerte de que alguno oiga sus quejas y pronuncie la fórmula que debe salvarle, queda para siempre alistado y comprendido en la legión de las hadas.

La misma suerte se ha atribuído á aquellos niños que fueron maldecidos por sus madres antes de su nacimiento ó en el intervalo transcurrido entre el nacimiento y el bautizo, así como á las mujeres que se suicidaron, haciéndose indignas de obtener sepultura cristiana.

Ralston, el erudito escritor, á cuya diligencia debe mos tan interesantes noticias, dice que las rusalkas de la Servia, llamadas *Vilas*, son no menos bellas y agradadas que las rusas, á las cuales aventajan en malicia. El piropo más agradable que se le puede echar á una servia es compararla con ellas, como se compara en otras partes á las mujeres hermosas con los ángeles.

A este propósito cuéntase allí una curiosa conseja. Érase un mancebo locamente enamorado de su novia y que para ponderar su belleza exclamó un día:

—Es más hermosa que la blanca Vila.

Ésta, que tal oyó, resintióse de la irreverencia y replicó:

—Enséñame esa novia que tienes más hermosa que yo. Me gustará ver á esa chica más bella que la blanca Vila de la montaña.

Entonces él no tuvo más remedio que ir á buscar á su novia, cogerla de la mano y presentársela. En realidad era tres veces más hermosa que ella; pero el hada no tuvo inconveniente en confesarlo y le respondió:

—En verdad que no mentiste al decir que tu novia era más hermosa que yo, la Vila de la montaña. Ella ha tenido una madre que la envolvió en pañales de seda y la alimentó con su propia leche: yo he tenido por madre á la montaña, que me envolvió en verdes

hojas. El rocío matutino fué mi alimento y la brisa de la montaña meció mi cuna.

La imaginación popular ha poblado también en Rusia las aguas de otros seres espirituales, pues en sus canciones y en sus consejas se habla muy á menudo de un Rey de las Aguas que habita las profundidades del mar, de los lagos ó de los estanques, gobernando el mundo sub-acuático. Este Neptuno eslavo tiene familia, y, sobre todo, unas hijas de extraordinaria hermosura, las cuales suelen revestirse de plumas, convirtiéndose en mujeres cisnes, ser mitológico que se encuentra en la literatura popular de muchas naciones.

Dícese en las canciones eslavas que esos espíritus del agua tienen en sus moradas toda suerte de ganados y que cada noche los llevan á pacer en los campos. Sus esposas acostumbran ser mujeres que se ahogaron. Cuando se celebran unas bodas de esta clase hácese tales locuras en los alcázares sub-acuáticos, que las hondas del lago ó del río se encrespan y alborotan, derribando puentes y calzadas. A esto atribuyen allí los labriegos la crecida de los ríos, causada por el derretimiento de la nieve, y que tantos estragos ocasiona en el invierno.

L. C.

EN ABISINIA: LA CAZA DEL RINOCERONTE

El rinoceronte es uno de los animales más peligrosos, pero los abisinios desafían el terrible riesgo que ofrece la caza de esos paquidermos, á causa de la alta estimación en que se tiene la posesión de un cuerno de dicho coloso, además de lo cual se cree ser este objeto garantía segura de felicidad durante todo el curso de la existencia.

El rinoceronte acostumbra á atacar de frente, sin desviarse ni oblicuar, de lo cual resulta que su choque es de los más temibles. El cazador, á su vez, va armado de una fuerte lanza, de madera flexible y dura, que no se rompe nunca. El toque está en meter la lanza por el ojo izquierdo de la fiera, atravesando el cerebro de parte á parte y haciendo salir la punta de arriba abajo, por el cuello. El animal muere instantáneamente. Después hay que romperle la cabeza á hachazos para retirar las lanzas, cuyas puntas ni siquiera se han torcido, como obra de los armeros Aussas, hábiles sin par en forjar este género de piezas.

Un rinoceronte adulto no suele medir menos de 4 metros de longitud por 2'10 de alzada. El del Africa es bicornio, siendo menos feroz que el unicornio de la India y de Sumatra, hasta el punto de que, cogidos de pequeños, se pueden domesticar, sirviendo entonces como animales de carga y de tiro.

BRUNEQUILDA Y SIGFREDO

Era Sigfredo un joven y hermoso príncipe de los países rhinianos del Norte. Sus padres reinaban en los Países Bajos y tenían su corte en Xanto (entre Cleves y Colonia). Era un verdadero héroe, que se había ilustrado grandemente en la conquista del tesoro de los Nibelungos, y se había hecho invulnerable bañándose en la sangre del dragón, al mismo tiempo que se hiciera